

La edad del pavo

Elsa Bornemann



Doce cuentos que tratan acerca de la «Pavología», es decir, el estudio de las conductas bobas de los chicos... y de los grandes. Es más, los pavólogos afirman que estas actitudes —en ocasiones, decididamente disparatadas— tienen tendencia a reiterarse, a ser contagiosas y a terminarse de generación en generación.

Índice de contenido

Cubierta

La edad del pavo

Dedicatoria con necesaria aclaración previa

Breve introducción a la pavología

01. La edad del pavo

02. El Besuqueador

03. KIKIRIKÍ

04. Dicen que dicen

05. Juansadas

06. Un amor disparatado

07. El Nadador

08. La caridad no usa botones

09. El compañero automático

10. La Tierra, nuestra casa

11. Cuento con usted

12. Por ejemplo, Cristóbal

Sobre la autora

Notas

Dedicatoria con necesaria aclaración previa

Postergué —para algún otro posible próximo libro— la dedicatoria a ciertos nombres de personas y personitas a las que quiero mucho mucho, y que pensaba incluir en esta obra.

Confieso que temí malas interpretaciones: ¡al fin y al cabo, acaso tampoco yo dejaría de sentirme un poco incómoda, parcial o totalmente aludida, si me dedicaran un volumen con el título de este... con los doce cuentos que contiene... y —sobre todo— con los versos que le dan fin al primero!

En cambio, los animales carecen de prejuicios; con ellos no corremos el riesgo de equívocos a partir de las palabras; nos aman tal cual somos y —además— el amor que nos brindan también los hace merecedores de mención.

Por eso, entonces:

A Bruma y Joëlle —mis mellizas gatunas, herederas de los más porteños tejados de Buenos Aires— compañeras de tantas horas de esta «pavológica» escritura. Por la calidez de su presencia en mis días. (Y en ellas, también a sus padres y hermanitos: Melody, Josefina, Boris y Frida).

Breve introducción a la pavología

De acuerdo con el *Primer Diccionario de Palabras Imaginarias*^[1], «Pavología» es la ciencia que pretende conocer y estudiar ciertos aspectos insólitos de la naturaleza humana considerada «normal», según las características que —para serlo— indican como fundamentales los organismos del mundo que se ocupan de la salud.

Los aspectos que analiza la Pavología están vinculados con una zona especial del alma; de la mente y/o espíritu; del cerebro y/o del corazón de la gente (y que cada cual la ubique donde prefiera ya que —aún— los investigadores de esta especialidad no la han localizado con exactitud).

En esa zona se originaría la propensión a tener comportamientos supertontos, junto con una fuerte resistencia para reconocerlos y tratar de corregirlos. Es más, los pavólogos afirman que estas actitudes —en ocasiones, decididamente disparatadas— tienen tendencia a reiterarse, a ser muy contagiosas e —incluso— a transmitirse de una a otra generación.

Familiarmente la llaman «la zona de la pavada», con perdón del ave cuyo nombre fue tomado para describir estas conductas bobísimas que se manifiestan —también— en los seres que se creen más inteligentes.

Llegados a este punto, los expertos en Pavología nos recuerdan que no es el pavo el único animal sobre el que recaen burlas que nosotros merecemos. ¿O acaso no decimos —entre otras expresiones similares— «burradas», «pe-

rerías» y «gansadas» cuando queremos referirnos a estupideces, a maldades, a zonceras que nos son propias? ¿Por qué no las denominamos «hombradas» o «mujeradas»? Pobres bichos. Dan para todo. Como si no bastara que —a costa de sus vidas y de su derecho a vivirlas en paz— nos alimentemos, nos vistamos, nos divirtamos y nos curemos de múltiples enfermedades entre otros beneficios que nos brindan y que no viene al caso reseñar aquí.

No, no nos basta con tamaña ofrenda. También los cargamos con las etiquetas de la responsabilidad por las equivocaciones que no son otra cosa que el producto de nuestra necesidad.

Para colmo, justo a una de las etapas más complejas y ricas del existir —como es la del tránsito de la infancia a la adolescencia— se la suele mencionar como «la edad del pavo»...

Ocurre con frecuencia que cuando una jovencita o un jovencito atraviesa ese período de crecimiento —comprendido, más o menos, entre los once y los catorce años— algún adulto (pretendidamente gracioso) le asegure que está en dicha edad. ¿Y qué intentan significar con esto? Pues —como es obvio— que dicen, hacen, sienten y piensan únicamente pavadas; que ríen y lloran «por nada». Y no es verdad.

Once... doce... trece... catorce años... Tiempo de dejar atrás la infancia cuando aún falta mucho para ser «grande» y —sin embargo— al ir finalizando la escuela primaria se lo era... Ah... pero vuelta a integrar los grupos de los menores no bien se comienza el colegio secundario... ¿Quién entiende?

Extraña sensación. Como la de abandonar ese par de zapatos preferidos que ya quedan apretados y experimentar la incomodidad de los nuevos; como la de registrar —mes a mes— las transformaciones del propio cuerpo; como la de sentirse casi extraterrestre entre los más chicos pero —también— entre los adolescentes y entre los adultos; co-

mo la de descubrir que papá y mamá no son Superman y la Mujer Biónica...

De golpe, el ingreso a un estado diferente, tan cambiante...

La pubertad... la preadolescencia... la despedida —para siempre— de los niños que se han sido, los primeros pensamientos inquietantes acerca del sentido del ser (¿por qué?, ¿para qué?).

¿*La edad del pavo*?

Pocos podrían discutirme que los hay de *todas* las edades.

La edad del pavo...

¿Qué tal si se observa —detenidamente— a los adultos, que son quienes acostumbran a señalar esa etapa como pasajera y exclusiva de los más jovencitos? ¡La Tierra estuvo y está —por desgracia— repleta de pavotes grandes! Sería bueno que lo admitieran. Cuestión de justicia, que le dicen.

Entretanto —y por lo mismo— estos cuentos que su autora empezó a soñar con escribirlos a partir de sus primeros tiempos de exnena, al darse cuenta de la gran variedad de personas mayores que podían ser incluidas (*ahí, sí*) en la singularísima «edad del pavo»...

Melisa Brennan O'Blase

La edad del pavo

Como tantísimos príncipes y princesas de los cuentos, la princesa de este también estaba mortalmente triste, había perdido su risa y languidecía —hora tras hora— sin que nadie en el palacio supiera qué hacer para remediar ese mal.

—Mi Nunila se está consumiendo... —gemía la reina.

—Mi adorada hijita desfallece... —gemía el rey.

—*La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?*^[2] —susurraban los servidores.

—*Los suspiros se escapan de su boca de fresa...*^[3] —entonaban los cantautores palaciegos.

«Para mí que la niña está harta de que sus padres sean tan... tan... ejem... extravagantes... algo bobalicones, vamos..., —así pensaba Abacuca, la sabia de la corte—. La princesita se da cuenta; ella sí que no tiene un pelo de tonta como... bueno... ejem... que —a Dios gracias— no heredó esa... esa tara... Vaya, no encuentro manera elegante para referirme a la personalidad de sus majestades, que por más que lo sean también son seres de carne y huesos y sus defectos tienen... Además, Nunila está hartísima de que sus padres le contesten a todo que “sí, mi amor”, sin prestarle atención a lo que dice... Hartísima del “Sinunilismo”, eso es».

Pero cuando —por fin— juntó el coraje necesario para presentarse ante la pareja real y exponerle su teoría (muy muy suavizada para no provocar su ira) perdió su trabajo en la corte y se le impuso sufrir el exilio en un reino vecino.

—¿Críticas a nosotros? ¿Cómo te atreves? ¡Insensata! —le dijeron a dúo.

—¿Qué otra palabra sino «sí» deben escuchar los nobles oídos de una princesa, a partir de su nacimiento? —le protestó la reina.

—¿Qué estúpido pensamiento ese del «sinunilismo» has horneado en tu cabeza de zanahoria, como para que oses decir que mi tesoro está triste porque todo lo que ella opina merece nuestra aprobación o a todo lo que solicita le contestamos «Sí-Nu-ni-la»? —rugió el rey.

Desesperada, la pareja real decidió —entonces— consultar a la hechicera del bosque, que así denominaban a ese montecito cercano a palacio bastante ralo (con cuatro o cinco arbustos locos, a decir verdad) pero sin el cual esta historia no hubiese estado completa.

—Mil dólares la consulta —les informó la hechicera, no bien reina y rey llegaron a su casa rodante con la que se desplazaba de aquí para allá.

—¡Mil dolores! ¡Mil dolores! —aulló el rey, que tenía casi todos sus caudales en seguro depósito, fuera del reino, y los codos permanentemente enyesados.

La hechicera no se alteró ante esa demostración de mal humor.

—Lo lamento, pero ni barato y —menos que menos— gratis logro acceder a ninguna videncia. Acaso deberían mandar por correo algunos cupones de esos que aparecen en las revistas y consultar a otra gente que se ofrece por chauchas. Así serán los resultados, pero...

—Está bien —la reina se rindió—. Díganos qué hacer para que nuestra hija recupere su alegría y vuelva a sonreír. Le pagaremos lo que pide.

—En cheque real, a mi nombre y con talón —aclaró la hechicera— que será entregado, en el mismo momento en que yo les revele el único remedio posible.

Una vez que le fueron aceptadas sus condiciones, la hechicera pasó a otro ambiente de su casa rodante y les pidió que aguardaran unos minutos.

Cuando volvió, poco quedaba de esa muchacha bonita y vestida a la moda, que había recibido a la pareja real momentos antes.

Una anciana horripilante se les apareció, arrastrando una mesita en la que se destacaba una enorme bola de telgopor blanco.

Los reyes se estremecieron.

—Eh, eh, no se asusten. Soy la misma chica, con mi uniforme de trabajo. Me maquillé y me disfracé como corresponde, eso es todo.

Al rato, se le escuchó pronunciar estas palabras:

—En vista de que en el destino de la niña hay dos... dos —digamos— cosas «inmodificables» y de las que me está vedado hablar —y la hechicera los miró alternada y fijamente pero ninguno de ellos se dio por aludido—. Su hija Nunila... solo puede curarse... si le hacen cosquillas en las plantas de los pies... con una pluma de algún pavo... que tenga —exactamente— su misma edad... al día de hoy... Además, Nunila deberá ver a otros dos pavos, volando. Sí, eso es, dos pavos voladores y la cura será total.

—Nunila tiene siete años... siete meses... y siete días... —exclamó el rey, enojado después de hacer cuentas con los dedos—. ¡La carne de pavo es muy apreciada, es un manjar!

—¡Jamás conseguiremos un pavo que haya alcanzado esa edad! —chilló la reina.

—¡Y mucho menos otros que vuelen! ¡Los pavos no vuelan! —protestaron ambos, al darse cuenta de lo absurdo del «remedio» indicado.

—Ese es problema de ustedes —sentenció la hechicera—. Pero mis videncias son infalibles. Bueno —agregó, empezando a quitarse el disfraz—, vayan preparando el cheque o los convierto en pavos reales a ustedes dos...

—¡Qué excelente idea! —gritó el rey, que con tal de no pagar, algo era capaz de aceptar lo increíble—. ¡Conviértanos en pavos de la misma edad de nuestra hija! ¡Y voladores! ¡La salvaremos con nuestro sacrificio!

—¡Con uno solo alcanza, no hace falta que me transforme a mí también! —se quejó la reina, espantada ante la posibilidad de verse como una pava.

—Yo soy hechicera vidente, no hago milagros —dijo entonces la hechicera—. Y sería un milagro la transfiguración de cualquiera de ustedes, con lo cincuentones que son, en una criatura de siete años, animal o humana... Venga ese cheque de una vez y basta de pavadas.

Al rey no le quedó otra alternativa que firmar y entregar su cheque.

Al rato, él y su esposa estaban de regreso en el palacio con las noticias.

Como bien dicen que la esperanza es lo último que se pierde, los monarcas resolvieron seguir las indicaciones de la hechicera, ilusionados como estaban con que ya aparecería un pavo de la misma edad de su amada hija y otros dos capaces de volar.

Entretanto, Nunila continuaba de risa perdida.

Pronto —y a través de todos los medios de difusión del reino— fue anunciado lo siguiente:

“ *Será recompensado con su peso en lingotes de oro aquel que lleve al Palacio Real un pavo de siete años, siete meses y siete días y otros dos que puedan volar, aclarándose que el pesaje corresponderá al de las aves y no al de quien las presente.*

Sus Altezas reales agradecen la colaboración de su pueblo para recuperar —de este modo— la sonrisa de su amada hijita Nunila, por más insólito que el pedido parezca”.

(La reina había hecho fundir sus innumerables joyas de oro para que su marido consintiera —finalmente— en redactar la proclama. Si así no hubiera sido, acaso esta historia hubiese concluido aquí... porque todavía estaríamos esperando que el rey volviera a gastar, rabioso como seguía por el pago que había tenido que hacerle a la hechicera).

Al día siguiente de anunciarse la proclama real, una cola de varias cuadas. Comenzaba —por supuesto— a las puertas del palacio.

Casi no quedaba vecino de aquella comunidad que no se hubiera hecho presente, tentado por la recompensa y portando un pavo.

—Nos tiramos un lance, total ¿qué podemos perder? —comentaban—. Nuestros reyes son tan... tan extravagantes... —y al decir «extravagantes» se miraban con risitas cómplices; nadie ignoraba las pocas luces mentales que destellaban en los cerebros de sus soberanos.

Así se vieron desfilar —ante la pareja real— infinidad de estas aves, que fueron rigurosamente inspeccionadas por una Comisión de Expertos en Pavos, Gansos y Burros, creada —especialmente— para la ocasión.

Claro que la inmensa mayoría eran muy jovencitos, de esos que —pobrecitos ellos— se crían y se engordan para ser comidos... y ninguno podía volar —obvio—, aunque sus dueños lo lanzaban al espacio jurando y rejurando que hasta un ratito antes sí, que eran tímidos, que estaban nerviosos por la prueba, que les dieran otra oportunidad...

El rey se puso furibundo y los echó a todos a los gritos de:

—¡Me tratan como a un zonzo, insolentes! ¡Fuera de aquí! ¡Grrr! ¡Ninguna de estas aves tiene siete años, siete meses y siete días como mi adorada Nunila al día de la predicción! ¡Y ninguna puede volar! ¡Farsantes!

La princesita —apoltronada sobre un gigantesco almohadón ubicado cerca de los tronos reales de sus padres — observaba todo lo que sucedía con una expresión de aburrimiento inmortal.

Los expulsados, del palacio (personas y pavos) eran tantos, tantos, tantos, que el tumulto y el barullo que se produjeron en el recinto alteró todos los ánimos.

Menos el de Nunila —por cierto— que continuaba contemplando la escena con la misma indiferencia que de costumbre.

Entre empujones, griterío, plumas que volaban al azar, resbalones, protestas, toses y más plumas flotantes, el enorme salón fue —poco a poco— siendo desalojado.

Ya la reina zamarreaba a Nunila para avisarle que la siguiera a las habitaciones interiores —y el rey ordenaba que se limpiara, de inmediato, el gran salón— cuando la princesita dio un respingo y señaló —con su dedo índice— un amplio ventanal que se abría al parque del palacio.

Las miradas de padres y servidumbre siguieron —como en estado de hipnosis— la dirección que indicaba la niña. Entonces todos —azorados— vieron aterrizar un helicóptero. Y más azorados se sintieron poco después, cuando —de la aeronave— vieron descender a Abacuca, la sabia de la

corte. Agitaba una bandera blanca a la par que se iba aproximando al palacio. Majestuosa.

—¡Qué hace esa rufiana aquí, si yo la mandé al exilio porque no supo decirme cómo curar a mi hija! ¿Y cómo se atreve a presentarse sin mi permiso? ¡Y en helicóptero! ¡Esto es una invasión! ¡Deténgala de inmediato!

El rey aullaba y pataleaba —enojadísimo— junto al ventanal, cuando Abacuca se detuvo frente a él —del otro lado de los cristales— y lo miró a los ojos, tras una breve reverencia de cortesía. Digna como siempre. Sin ninguna muestra de temor ante las iras del rey. Seguía agitando su bandera blanca e hizo señas de que necesitaba entrar al salón, sin darse por enterada de la guardia real que la rodeaba y que sí la iba a hacer acceder al recinto, pero en calidad de detenida.

—Calma, muchachos —les susurraba—. No hace falta que me sujeten. Traigo la solución para la dolencia de la princesita Nunila. Calma, calma... El rey padece una de sus habituales pataletas, eso es todo...

Un momento después, la corte en pleno escuchaba las palabras de Abacuca. En respetuoso silencio, menos el monarca —claro— que no lograba contener su rabia y seguía refunfuñando.

—Su majestad... —y la voz de la sabia profundizó aún más el silencio—. He venido a comunicarte que descubrí cómo combatir el mal que aqueja a la princesita. Largas noches sin dormir estuve, desde que me enviaste al exilio... Largas noches en las que no hice otra cosa que pensar y pensar en la recuperación de la risa de tu bienamada hija. Sin embargo, te confieso que no arribaba a ninguna solución.

El rey se encrespó:

—¿Y entonces, para qué demonios volviste? ¡Al calabozo irás a parar esta vez!

Abacuca no se dejó intimidar y prosiguió su monólogo.

—Regresé porque ahora sí que sé cómo curar a Nunila. En las palabras mismas de la hechicera están las claves. Manda traer el pergamino donde las copiaste y que tu paje las lea en voz alta, así te explico con claridad lo que descubrí.

Nunila pareció animarse un poco más al escuchar a la sabia.

Mientras el soberano enviaba a buscar el pergamino, Abacuca prosiguió:

—Las palabras de la hechicera son un *enigma* a resolver. Verás que...

La sabia fue interrumpida por el rey que —ya provisto del pergamino— indicó al paje que lo leyera.

—Que lo haga lentamente, que se detenga cada vez que yo palmeo y que reanude cuando yo silbe —sugirió Abacuca.

El paje inició su lectura:

«En vista de que en el destino de la niña hay dos... dos... digamos... "cosas" inmodificables y de las que me está vedado hablar...».

La sabia palmeó e intentó explicar el sentido de ese fragmento con suma delicadeza.

—Bien. Con todo respeto —mi rey— debo revelarte que esas «cosas» misteriosas a las que se refiere la hechicera... son tú y tu esposa...

La pareja real se puso verde y el monarca ya estaba a punto de estallar en una nueva pataleta, cuando oyeron —sorprendidos— la risita de Nunila.

Abacuca aprovechó el momento de emoción de los reyes para tratar de salvar la situación, para evitar que se sintieran ofendidos.

—La hechicera dice «cosas» debido a su total respeto por la investidura real... Existen vocablos tan excelsos —como rey o reina— que no pueden ser pronunciados por labios tan vulgares... como los de una hechicera... cuando ella sabe que serán registrados en un pergamino... Por eso